

## MEMORIAS DE UN VETERINARIO

8 de noviembre de 1926

Querido amigo y hermano,

Quiero excusarme por no haber respondido antes a tu última carta. Una serie de desafortunados acontecimientos han reclamado toda mi atención en los últimos meses.

Tal vez recuerdes que el año pasado fui nombrado veterinario municipal e inspector de higiene y sanidad animal en un próspero ayuntamiento de Lugo. Desde esta provincia gallega parte un intenso tráfico de ganado hacia grandes ciudades como Madrid o Barcelona.

Cuando me instalé, lleno de ilusión, en la villa principal del concejo, descubrí con estupefacción que solamente ejercíamos once veterinarios en toda la provincia. En estas circunstancias, los ganaderos no estaban enseñados a trabajar bajo las órdenes de los veterinarios. Su incultura veterinaria les empujaba a cometer auténticas barbaridades, como abandonar los animales muertos en las vías públicas o acudir a las ferias con ganado infectado de enfermedades transmisibles. Los pescaderos y carniceros tampoco contribuían de modo alguno a preservar la higiene alimentaria, pues con frecuencia vendían en las plazas productos insalubres que hacían enfermar a la población más vulnerable.

Ante estos endémicos males, intenté poner orden, amparándome en nuestra, prolija, legislación sanitaria. Sin embargo, los paisanos, lejos de convencerse ante mis razonamientos, deseaban seguir actuando como siempre les había venido en gana.

Por si fueran pocas estas dificultades, vino a añadirse la incesante persecución que sufrí a manos del clero cuando reparó en mi condición de protestante.

El cura de la villa al que los paisanos menos devotos apodaban, en secreto, Torquemada II, como el famoso inquisidor medieval, solicitó en el Ayuntamiento que se me destituyera inmediatamente. Por fortuna, no todas las autoridades públicas se posicionaron en mi contra. Durante mi estancia había labrado amistad con el secretario del Ayuntamiento, don Rafael Mosquera, y cuando se enteró de las intenciones del cura, no dudó en salir en mi defensa. Además, contaba con el respaldo del señor alcalde, Don Manuel Ulloa. Era un hombre educado, que había cursado estudios de ingeniería agrónoma y simpatizaba con mis inquietudes por mejorar la situación sanitaria de la región. Según me contó el mismo Don Manuel, desestimó la petición de Torquemada II, aduciendo que mi creencia religiosa no era incompatible con el ejercicio de la veterinaria, que era lo que al municipio interesaba.

Naturalmente, el cura, no se dio por vencido ante aquella inesperada derrota y trató de presionar a la señora del Alcalde, apelando a su responsabilidad moral como católica. La mujer sabiamente le contestó que ese asunto no era de su incumbencia y que tenía por norma no inmiscuirse en las decisiones personales de su esposo.

Torquemada II, comprendiendo que a través de las autoridades no iba a lograr nada, se afanó en ganarse el favor del pueblo y comenzó a predicar contra mí cada domingo

desde el púlpito. Esto lo sé porque algunos amigos católicos me lo comentaron, avergonzados, a la salida de misa. Creían que la intolerancia religiosa era algo aislado que solo sucedía en esta villa, pero yo sabía, por testimonios de otros protestantes, que estaban muy equivocados.

La difamación que sembró el cura contra mi persona no tardó en surtir efecto en la temerosa comunidad y acusé una severa merma en el número de consultas de los ganaderos. Al cabo de unos meses, ya sólo me llamaba la gente que era algo culta para atender sus ganados.

La situación empeoró aún más cuando el párroco de una localidad vecina convenció a sus feligreses de que yo les había cobrado unos precios abusivos por vacunar a sus cerdos contra la peste. El religioso encendió el orgullo de estos fieles, acusándoles de pánfilos y afirmando que yo les había estafado.

Así pues, el día que regresé al pueblo para vacunar, los ganaderos me recibieron hostilmente entre insultos, y algunos hasta me arrojaron piedras. Me alejé de allí humillado y con el corazón cargado de pena, lamentando el injusto desprestigio que sufría mi religión y la veterinaria rural.

Gracias a la perseverante campaña clerical, no he podido poner una vacuna más y estoy decidido a abandonar este partido porque ya no gano ni para comer. Quizás peque de ser demasiado suspicaz, pero sospecho que hasta de los confesionarios de sus iglesias se han valido para difamarme.

En fin, querido amigo, que es una preciosidad ser evangélico en España, especialmente en regiones como ésta, en la que la mayoría de sus habitantes no han recibido más luz en sus seseras que la emanada de las tinieblas clericales.

Espero recibir pronto, noticias tuyas. Dale un abrazo a tu esposa de mi parte.

Atentamente,

Manuel Gordón